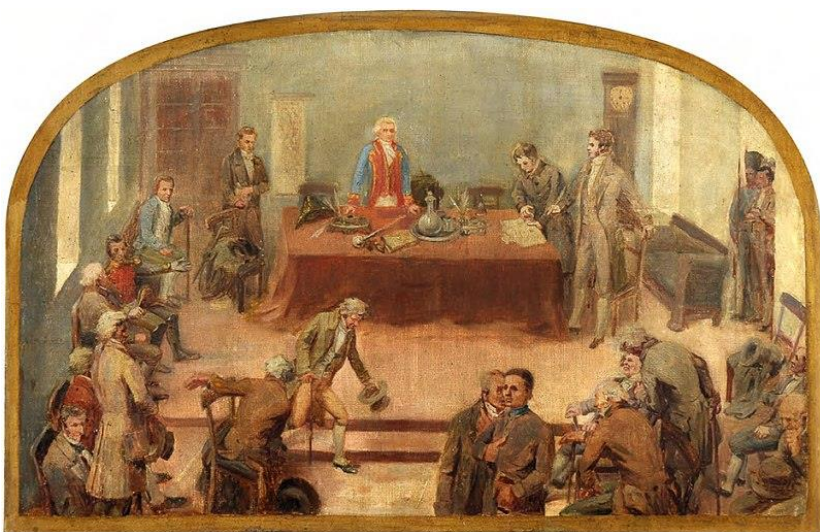


El mito oscurantista de la independencia

René D. Navarro Albiña 2024

Hemos insistido en varios textos, que no es prudente ocupar el léxico del enemigo. Así como es recomendable decir, Hispanoamérica en vez de Latinoamérica; Virreinato en vez de Colonia: es mejor decir *Guerra Civil Separatista*, en vez de Independencia.

La Historia es maestra de la vida, Chile no vivió una “independencia”. Es convicción nuestra que el término acertado para lo ocurrido con nuestro país desde 1810 a 1832, fue en rigor y precisión técnico-disciplinar una guerra civil de carácter separatista. Estamos conscientes de que *prima face*, esta es una afirmación controvertida, polémica, e incluso contra fáctica o contra intuitiva debido al largo y permanente proceso de sedimentación en las conciencias por parte de la ideología historiográfica dominante (moderna, liberal, useña y/o anglómana, nacionalista germanofílica, conservadora, socialista, progresista, deconstructivista, posmoderna, etc., poseída siempre —a la corta o a la larga— por los espíritus de Kant, Hegel o Heidegger). Incluso hasta de buena fe, asumimos esta nomenclatura, y decimos con total soltura de cuerpo la palabra “independencia”, o época de la independencia, y así sucesivamente. Esta noción de independencia (errónea, por cierto), se desprende a su vez de la también errónea noción de “colonia” o época “colonial” chilena que va desde los hechos del Valle de la Posesión (actual Copiapó), en donde Pedro de Valdivia el 26 de octubre de 1540 tomó posesión del Reyno de Chile, hasta el 18 de septiembre de 1810.



En Chile no hubo colonia, y como no hubo colonia, mal puede tener independencia. Lo explicaremos luego, pero enfatizamos y reiteramos desde ya, que lo vivido en Chile nuestro país, desde 1810 a 1832, fue en rigor y precisión técnico-disciplinar una *guerra civil de carácter separatista*. Guerra civil, porque nos enfrentamos entre paisanos, y separatista, porque nos desgarramos de la unidad que fuimos.

Queremos en buena lid, apoderarnos de la inteligencia y corazón del amable lector, porque este trabajo nos sirve para atender correctamente a nuestras raíces, y dejar de ser *hidropónicos*, porque no queremos prescindir de esta tierra, la tierra de nuestros padres y antepasados, la tierra que le legaremos a nuestros hijos. Es nuestra pretensión.

De acuerdo a su sentido natural y obvio, la expresión guerra civil refiere al conflicto bélico o armado que tienen entre sí los habitantes y/o residentes de un mismo pueblo o nación. A su vez, el separatismo consiste en aquella tendencia política que propugna la separación de un territorio respecto de la unidad política al que pertenece, para integrarse en otro imperio, o quizá lograr su autonomía respecto a la colonia dominante. En el recorrido que el lector hará de estas páginas, quedará persuadido de esta verdad: Chile no vivió un proceso de independencia, ni lucharon chilenos contra españoles, o españoles contra chilenos. Lo que real y verdaderamente ocurrió fue un conflicto político, de corte revolucionario influenciado por potencias extranjeras, que hizo enfrentarse a españoles contra españoles, y a chilenos contra chilenos. Lo anterior, porque Chile «no era “de” España», Chile «era España». Así las cosas, nuestro padre de la patria no es otro que don Pedro de Valdivia, en cambio Camilo Henríquez, O’Higgins, Carrera, Freire, Portales, etc., son meramente padres de la República —que no de la patria—, de la República que hasta el día de hoy sufre su incesante acomodo constitucional (hasta 2023 hemos tenido plebiscitos constitucionales). Quedará para otras entregas el análisis fino del uso político que personajes como San Martín y O’Higgins hicieron del culto a la virgen del Carmen para lograr sus fines. En esta línea, creemos equivocada la tesis de cierto nacionalismo-católico de desmasonizar al “libertador” argentino y especialmente por una razón muy básica: ¿de qué nos liberaron?, ¿quién pidió la liberación? Son temas que saldrán del análisis que el presente opúsculo pretende servir de “disparador”. Tomemos el ejemplo de Argelia. Las guerras de independencia, lo son de liberación de una unidad política preexistente a la llegada de los “colonos”. Esta noción es fundamental ¿es acaso la Historia de Chile y la Historia de Argelia la misma?, ¿es equiparable (por analogía) su independencia de los franceses a lo sucedido en nuestro país?, ¿o en Sudáfrica?, ¿Por qué el Rey de Inglaterra sigue siendo en la actualidad Jefe de Estado no solamente en la Gran Bretaña y el Reino Unido, sino que también en Australia, Bahamas, Canadá, Nueva Zelanda, etc., aparte de ser el líder de la iglesia estatal-anglicana?

Estas líneas se escribieron, justo cuando se rinden honores de Estado a quien legalizara y promoviera la sodomía en Chile. Quizá, perdimos el rumbo por allá en los años de 1810, en donde paulatina y a veces abruptamente, rompimos con el *Trono y el Altar*. La ignorancia es el mayor enemigo de los hombres y de Dios. Estas líneas también se escriben, cuando se incendia el país a manos de cobardes. El revolucionario siempre quiere: *quemarlo todo*.

Los enemigos de la patria siempre quieren lo mismo: destruir el orden natural, pretenden hacerlo todo de cero, porque antes todo estuvo absolutamente mal. Hacer *tábula rasa*: como queda de manifiesto en, por ejemplo, la destrucción de la Real Universidad de San Felipe (montada después como universidad republicana, y poniendo a la cabeza a un mero bachiller como Rector). Siguiendo a Corrêa de Oliveira, las muchas crisis que han conmovido al mundo —del Estado, de la familia, de

la economía, de la cultura, etc.— no constituyen sino múltiples aspectos de una sola crisis fundamental, que tiene como campo de acción al propio hombre. En otros términos, esas crisis tienen su raíz en los problemas del alma más profundos, de donde se extienden a todos los aspectos de la personalidad del hombre y a todas sus actividades. Con todo, no puede ser tachado de revolucionario quien —para su Patria, por razones concretas y locales, salvaguardados siempre los derechos de la autoridad legítima—, prefiere la democracia a la aristocracia o a la monarquía. Pero sí quien, llevado por el espíritu igualitario de la Revolución, odia por principio, y califica de injusta o inhumana en esencia la aristocracia o la monarquía. De ese odio antimonárquico y antiaristocrático nacen las democracias demagógicas, las republiquetas que combaten la tradición, persiguen las élites, en resumen, generan el caos por el mero caos o por quimeras adolescentes o afiebradas. Habrá ostensible analogía, entre los sucesos posteriores al 18 de octubre de 2019 y el afiebramiento revolucionario decimonónico. ¿Por qué se autodenominaron patriotas los revolucionarios separatistas? ¿Acaso no eran patriotas también los chilotes, los resistentes? ¿No defendían el Reyno de Chile los “realistas”, no defendían la patria, la tierra de los padres? Es nuestra convicción, que los apologistas de la llamada independencia, se comportan de la misma manera que lo ha venido haciendo el octubrismo del siglo XXI. En efecto, los historiadores chilenos del siglo antepasado concibieron la revolución de la Independencia de las antiguas colonias de España en América como el resultado de un proceso de onda agitación de los espíritus y como la suprema expresión del descontento que se habría acumulado a lo largo de los siglos: no son 30 pesos, son 30 años = no son 3 Antonios, son 3 siglos de dominación colonial. Así actúan como en un *eterno retorno*, la exaltación y la agitación promovida hasta por curas o ex curas, todos devenidos en revolucionarios: *los exaltados de siempre que mueven masas, pero que no representan a lo que ellos llaman siempre pueblo*. El pueblo siempre fue patriota, patriota de verdad, que no patriotero-revolucionario. Es un error también, creer que antes de 1810 en Chile, la cultura intelectual estaba relegada al abandono. Esa es una pretensión de los historiadores americanos del s. XIX con —como señala Ricardo Donoso— más apasionamiento que justicia.

Pero hay siempre matices, por eso no caeremos en pensamiento rosa o leyenda rosa, que acriticamente encuentra “lo español” como todo bueno y bondadoso, no hay nada más desastroso que un español peninsular decadente como Fernando VII, Isabel II, los frentepopulistas, los republicanos peninsulares, el PSOE, el PP, las Unidas Podemos y todo el *perroflautismo* galopante, entre muchísimos otros ejemplos que para citarlos todos faltarían toneles de tinta.

Es menester la crítica, y por ello el nombre de nuestro Instituto de Estudios Hispanoamericano, lleva el nombre del beneditino Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro. Como buen crítico (de ahí su Teatro Crítico) separa lo bueno de lo malo, haciendo carne en sus ensayos la etimología de la palabra criticar (*krinein* esto es, separar, discernir). La crítica es importante, porque de la lectura de este texto, se advertirá también y quedará manifiestamente claro, que la revolución fue corrupción y decadencia interna.

No todo es culpa del enemigo, no todo es culpa del iluminismo, no todo es culpa de la pérfida Albión ni de los hijos de la viuda: el pecado es de los propios, de nuestro propio pueblo, y mientras más

temprano nos hagamos cargo de aquello, más pronto podremos tomar real conciencia del pasado, y enfrentar airoso, sin complejos ni resentimientos, los traumas del pasado. Para esto, es preciso mirar los hechos con la luz de la verdad.

El fundamentalismo democrático es una enfermedad mortal. La mentira y el engaño cuelan fuerte, porque en la arena de la política realmente existente, todo vale y nada vale al mismo tiempo. Y no se advertirá, mientras no hagamos carne la sentencia de Donoso Cortés: *Detrás de todo error político, hay un error teológico*. Parafraseemos nosotros: detrás de una interpretación histórica errónea, hay también errores teológicos de base.